

MORALES, José Ricardo. *Cervantinas y otras páginas*. Fundación Jorge Guillén, Valladolid, 2006.

José Ricardo Morales es el último gran autor vivo del exilio, dramaturgo e intelectual republicano, con más de cuarenta obras teatrales publicadas y otros tantos ensayos. Nacido en 1915, de origen valenciano, vive actualmente en Chile, a donde llegó a bordo del *Winnipeg* en 1936, después de cruzar la frontera de la Junquera y quedar confinado en el campo de concentración del Saint-Cyprien. Su ingente labor de escritor, profesor e intelectual, no ha sido aún reconocida en nuestro país, para vergüenza de todos, especialmente para esa intelectualidad que no alcanza a distinguir el grano de la hojarasca, el mérito de la propaganda.

J. R. Morales reúne todos los méritos para ocupar un lugar destacado en nuestra literatura, como autor dramático y ensayista, con una categoría intelectual muy por encima de la mayoría de quienes ahora acaparan la atención, a la altura de Max Aub, María Zambrano o José Ferrater Mora, por citar sólo nombres de su generación que sufrieron igualmente el destierro y el exilio. ¿Hasta cuándo una edición completa de sus obras y un reconocimiento público de su labor y su intachable trayectoria? ¿Cómo es posible tanta desmemoria histórica, injusticia y falta de aprecio por lo que más debiera honrarnos?

Para demostrar cuanto digo le bastará al lector acercarse a las *páginas cervantinas* de este libro y adentrarse en cualquiera de los nueve ensayos que contiene. Dividido en dos partes, la primera está dedicada al estudio del *Quijote*, y su análisis e interpretación es de lo más original y lúcido que se ha pensado y escrito sobre obra tan manoseada y a veces tan mal entendida. Las *otras páginas* se centran en el

estudio del teatro, especialmente la tragedia, el mito de Don Juan y la trilogía lorquiana, al que se añade una sorprendente indagación sobre la mal llamada *Venus del espejo*, de Velázquez.

La prosa ensayística de Morales sigue la estela de nuestros mejores pensadores, como Unamuno y Ortega y Gasset, con una capacidad de reflexión que une el rigor académico a la fluidez y claridad expositiva, huyendo siempre de tópicos e ideas consabidas. Como bien dice, el *logos* es siempre la elección (*lego*) de una idea que va contra lo supuesto o contra corriente para provocar el *diá-logo*. Intelectual en su sentido más radical, ha puesto en el centro de sus ocupaciones y preocupaciones, ese «hacer pensar», en que consiste el hacer del pensar, acción plena, y no mero entretenimiento. Un pensamiento que, al contrario de lo que pudiera suponerse, nos es cercano, actual y actuante, pues su *autor* vive en el presente y, aunque desterrado, no quiere vivir «fuera de lugar y tiempo». La plena vigencia de sus textos se hace aún más patente en otro excelente libro suyo, que igualmente ha pasado entre nosotros sin pena ni gloria, *Ensayos en suma* (Biblioteca nueva, 2000), en que profundiza sobre su doble condición de intelectual y desterrado.

Uno de los aspectos más originales de la labor pensante y creativa de J. R. Morales lo encontramos en el uso de un método que él mismo llama «constelación semántica», de una productividad extraordinaria, y que va mucho más allá de la noción de «campo semántico». Desentrañando la etimología de las palabras, rastreando su evolución, acumulación de acepciones y cambios de sentido, el pensamiento circula entre ellas con una libertad asociativa asombrosa, que ilumina aspectos ocultos de sí mismas y de la realidad a la que tratan de designar: «Si bien *pensamos con*

palabras, es necesario, además, *pensar en ellas*, para saber qué dicen o indican de sí mismas» (70). Este método lo aplica aquí especialmente al estudio del *Quijote* y la *tragedia* griega, alcanzando a desvelar lo mucho que todavía guardan oculto estas dos cumbres de la creación humana. Así, el *Quijote* aparece como «una novela que desvanece cuanto haya de sustantivo en ella, inclusive ella misma» (10), y como «libro que reflexiona constantemente sobre sí» (26), hasta el punto de que «efectúa el ejercicio de problematizarse e interpretarse a la par, desdoblándose sin tregua, hasta concluir el proceso leyéndose a sí mismo [...], convirtiéndose el sujeto en el objeto de su conocimiento» (30). Su análisis va más allá al interpretar la obra cervantina como «un juego inextricable de referencias, en que cada referente, desubstancializado, se puede convertir en su contrario, o tal vez un mixto [...] e inclusive, en nada o en ninguno» (23), para concluir que «*don Quijote, tanto como el libro que lo incluye, requiere situarse ante sí mismo, mediante un 'yo' que no sólo signifique tener conciencia propia, sino posesión de sí*», al modo de la inteligencia divina aristotélica.

En *¿Qué urde Pedro de Urdemalas?*, descubre el autor otro de los aspectos esenciales de la obra cervantina, su vocación dramática, frustrada en el teatro, pero activa en la novela, ayudándonos a distinguir el arte barroco frente al clásico: «El arte clásico tiende a lo uno y variable, mientras que el barroco es un arte adjetivo, que revela el mundo en su apariencia, subitaneidad y diversidad» (49), características propias del teatro, ese «lugar de la visión» en el que el ver, el hacer ver y el creer que se ve se confunden, diluyéndose el mundo en ese «ver visones», apariencias o máscaras («personas»), pues toda esencia es ilusión, y la ilusión el origen del conflicto, como le ocurre a don Quijote.

Los otros dos estudios cervantinos indagan —al constatar, por ejemplo, el predominio en la lengua española del «querer» sobre el «amar»— acerca de la noción de idioma como *idios* o singularidad (frente a los *lenguajes sin idioma* o el lenguaje de la «globalidad»), o sobre el concepto de tiempo e historia, entendida como «una actualización original de cuanto el hombre ha hecho, estimándolo como un ser que cambia de continuo, modificándose y modificando con ello su mundo». Lo que a la historia le interesa no es lo mensurable, sino lo memorable, y por eso el *Quijote* es, entre otras cosas, una novela que «hizo época».

Podíamos seguir reseñando el contenido y originalidad de los otros ensayos, pero bastará con lo dicho para despertar la curiosidad del lector, evitando así una glosa o resumen forzado de un conjunto de ideas que difícilmente pueden ser resumidas o amontonadas sin desvirtuarlas. Sólo nos queda lamentar, con sus palabras, pronunciadas al recibir el Premio García Lorca, el «triste sino de España: ese de dar la muerte o apagar en silencio a quienes más la alumbran y declaran» (176), y desear que, pues aún es tiempo, su obra alcance el debido conocimiento, sin el cual no será posible el reconocimiento que merece.

SANTIAGO TRANCÓN

ONEGA, Susana. *Jeanette Winterson*, Contemporary British Novelists Series, Manchester and New York, Manchester UP, 2006.

En el caso de una obra crítica sobre un escritor, dos factores pueden influir en el deseo de su lectura: el interés por conocer mejor a un escritor y su obra, esto es, el